



HAL
open science

Entre gallos anda el juego. El juego de gallos a la luz de El coronel no tiene quien le escriba de G.G. Márquez

Cesar Ruiz Pisano

► To cite this version:

Cesar Ruiz Pisano. Entre gallos anda el juego. El juego de gallos a la luz de El coronel no tiene quien le escriba de G.G. Márquez. El juego: Literatura y Civilización en América latina y otras áreas culturales, 1, Narvaja Editor, 2013, 978-987-530-112-2. hal-04915959

HAL Id: hal-04915959

<https://sorbonne-paris-nord.hal.science/hal-04915959v1>

Submitted on 28 Jan 2025

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - NonCommercial - NoDerivatives 4.0
International License

**Entre gallos anda el juego:
El juego de gallos a la luz de la obra
El coronel no tiene quien le escriba
de Gabriel García Márquez**

César RUIZ PISANO,
Université de Rouen, Francia

La inclinación a los juegos de azar es tan antigua como la humanidad y aparece en todo tipo de sociedades hasta nuestros días, tanto en las de bajo nivel de desarrollo como en las del hoy denominado 'primer mundo', en relación con lo que el historiador Johan Huizinga denominó el 'homo ludens', y se ha vinculado siempre a los grupos humanos y clases más diversas¹²⁴.

Con esta pequeña reflexión sobre la obra que Álvaro Mutis consideró “la más acabada y perfecta” de su amigo, el colombiano y universal, Gabriel García Márquez intentaremos descifrar una de las claves –o, ¿la clave?- interpretativas que estructuran la trama literaria de *El coronel no tiene quien le escriba* (1961). Nos referimos al gallo del coronel.

¿Las ‘peleas de gallos’ son un juego? ¿Y si decimos ‘juego de gallos’? Entretenimiento popular en Colombia y en otros países de América Latina, entretenimiento que desde sus orígenes ha despertado fanatismos a su favor y en su contra, las peleas de gallos parecen ser familiares al autor colombiano. No en vano, constituye el punto de arranque de la historia narrada en su celeberrima obra *Cien años de*

¹²⁴ SARAVIA VIEJO, María Justina; *Peleas de gallos. Su Historia, Tradición y Actualidad*, México, Noriega Editores, 2001, Pág. 9.

soledad tras el asesinato de Prudencio Aguilar por parte del patriarca José Arcadio Buendía lo que le fuerza al exilio y le lleva a fundar Macondo.

Como los lectores de la obra recordarán, y para los futuros lectores aquí queda el argumento, la historia contada en este breve libro – escrito como nos cuenta otro amigo del autor, Carlos Fuentes, en Francia donde se encontraba García Márquez “encerrado en un hotel de la Rue Cujas cuyo único adorno era un retrato de Mercedes [...]”¹²⁵ en un principio trabajando como corresponsal de prensa y con la intención de estudiar cine- nos narra la vida de un coronel retirado que vive con su esposa en “el pueblo” perdido en Colombia. Ese coronel del que no sabemos su nombre (como tampoco sabemos el de su mujer ni el del pueblo) es un veterano de la guerra civil que desde el tratado de Neerlandia espera pacientemente (con ‘paciencia de buey’, dirá su mujer) a que le llegue la pensión vitalicia acordada a todos los valientes oficiales que defendieron la República.

Este hilo argumental, el de la espera, el propio autor nos recuerda que está tomado de la realidad, de la historia de su propio abuelo que estuvo esperando durante muchos años el reconocimiento de sus servicios a las Fuerzas Liberales durante la guerra de los Mil Días (1899-1902).

A la paciente y tozuda espera del coronel hay que añadirle, en cuanto a la construcción argumental de la obra, el recuerdo de la reciente muerte de su hijo Agustín, un joven “fanático” de las peleas de gallos, asesinado por la policía durante una redada en la gallera.

El coronel, su esposa y el gallo de pelea dejado por Agustín al morir sobreviven o, mejor dicho, malviven sumidos en la más absoluta pobreza esperando la pensión de jubilado. La ansiosa espera de la carta y la insostenible miseria en la que viven provocan discusiones en la pareja sobre la suerte que debería correr el gallo, venderlo o cumplir el sueño de su hijo: que el gallo pelee en la gallera del pueblo en los torneos de enero. La espera nos permitirá conocer a otros habitantes del pueblo, un pueblo donde reinan la opresión y la violencia debidas al estado de sitio al que está sometido.

A la vista de este argumento intentaremos aclarar los diferentes puntos de unión existentes entre las peleas de gallos y el problema del gallo en la novela. Para ello, hemos organizado nuestro estudio en tres movimientos. El primero, titulado “Juego de gallos, pelea de gallos,

¹²⁵ FUENTES, Carlos; “Para darle nombre a América”, *Cien años de soledad*, Madrid, Edición Académica de la RAE, Alfaguara, 2007. (También ver: MUTIS, Álvaro; “Lo que sé de Gabriel” en la misma edición).

lidia de gallos o riñas de gallos”, nos ayudará a comprender cómo las peleas de gallos se pueden considerar como un juego a la luz de los diferentes testimonios que presentaremos. El segundo movimiento que desarrollaremos, que se titula “*El coronel no tiene quien le escriba* y la barbarie”, nos llevará a concebir la pelea de gallos tal y como se nos presenta en la obra como algo más que un juego. Finalmente, en el tercer movimiento, titulado “Juego de gallos y juegos de azar”, veremos las relaciones que existen entre el juego de gallos y otros juegos de azar presentes en la obra *garcimarquena* así como en la tradición histórico literaria.

Entre la realidad y la ficción, iremos descubriendo los entresijos de este controvertido juego, y sobre todo, si lo podemos denominar de esta manera. Por otra parte, la figura del gallo –animal dedicado a Febo, animal sacrificado por Sócrates a punto de morir, símbolo de Marte y consagrado a Júpiter, entre otras referencias clásicas y mitológicas- va tomando un protagonismo indiscutible en la novela hasta el punto de que de un momento a otro, a través de sonidos guturales, el hijo muerto parece volver a la vida. Veamos cómo.

Juego de gallos, pelea de gallos, lidia de gallos o riña de gallos

-¿Cuál es tu afición dominante después del toreo?

-El campo.

-¿Y las riñas de gallos?

-Eso para mí es entretenimiento¹²⁶.

Seguramente la expresión ‘pelea de gallos’, expresión utilizada en la obra que analizamos, resulte más próxima al saber común de los hispanohablantes y del público en general. Sin embargo, no tenemos que olvidar que ‘juego’, ‘riña’ o ‘lidia’ son términos que se han utilizado hasta la fecha con el mismo valor. De acuerdo con el alcance folclórico de este tipo de eventos, en España, desde la segunda mitad del siglo XIX el vocablo ‘juego’ fue perdiendo la resonancia que tuvo

¹²⁶ Entrevista al torero Joselito. CARRETERO, José María (alias El Caballero Audaz); *El libro de los toreaos. De Joselito a Manolete*, Biblioteca Nueva, 1998, Pág. 97. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Banco de datos CORDE [en línea] *Corpus diacrónico del español*. <<http://www.rae.es>> [25/10/08]. A partir de ahora cuando se trate de una cita del CORDE diremos: *Cita del CORDE*. Cuando se trate de una cita del CREA (*Corpus de Referencia del Español Actual*) diremos: *Cita del CREA*. Todas las citas del CORDE y del CREA fueron tomadas el 25/11/08.

por ejemplo durante los siglos XVI y XVII. Sirvan como ejemplo las citas siguientes:

Ha de ser el maestro lleno de mansedumbre con gravedad, para que juntamente le amen y le estimen, y haga el mismo efecto en el discípulo, no perdiéndole un punto de su vista sin o fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres o cuando el niño le tuviere con sus iguales; y en el entretenimiento se halle presente el maestro, alentándole y mostrándole el modo con que se ha de haber en el pasatiempo; no haciendo lo que yo vi hacer a un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un gran príncipe, que, habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad un *juego de gallos*, día de Carnestolendas, salió también el bárbaro pedante con su capisayo o armas de guadamacé sobre la sotana, con más barbas que Esculapio, diciendo a los niños: “Deostrum heus sinistrorsum” [...]. *Vida del escudero Marcos Obregón* (1618), Vicente Espinel.¹²⁷

Don Diego.- Yo he oído decir que en algunas provincias es esa como acá la fiesta de toros, y en Grecia e Italia se usó mucho antiguamente, y aun en España debió de ser más frecuente que ahora, pues aun todavía decimos cuando dos contienden sobre una cosa: ‘Fulano es mi gallo’, por aquel que tenemos por más valiente o que entendemos que saldrá con la victoria.

Don Fernando.- Es eso tan verdad, que los hijos de Severo Augusto, Casiano y Geta, comenzaron sus disgustos y competencias de las de ese *juego de gallos* y codornices. Así lo cuenta Herodiano en el libro 3: Interque se fratres dissidebant, puerili primum certamine edendis coturni coturnicum pugnibus, gallinaceorumque conflictibus, ac puerorum coductationibus, exorta discordia. [...]. *Días geniales y lúdicos* (1626), Rodrigo Caro.¹²⁸

Es interesante el hecho de que ambas citas sitúen el empleo del término ‘juego’ para los momentos de diversión y esparcimiento de los jóvenes, por lo que se justificaría su uso. El DRAE (versión en línea) en su segunda entrada define el ‘juego’ como: “Ejercicio recreativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde”, y sigue con tipos de juego: “Juego de naipes, de ajedrez, de billar, de pelota”. Como se puede ver, entre los tipos de juego no aparece ‘juego de

¹²⁷ CARRASCO URGOITI, María Soledad (ed.), Madrid, Castalia, 1972. *Cita del CORDE*. La cursiva es mía en todas las citas.

¹²⁸ ETIENVRE, Jean-Pierre (ed.), Madrid, Espasa-Calpe, 1978. *Cita del CORDE*.

gallos', pero tampoco aparece en el DRAE 'riña de gallos', 'lidia de gallos' o 'pelea de gallos'. Lo que sí se recoge es 'gallo de pelea'.

De la misma forma, y pese al uso generalizado durante los siglos XVI y XVII de 'juego de gallos', el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611) de Sebastián de Covarrubias Orozco no lo recoge como tipo de juego aunque podemos suponer que lo incluiría en su etcétera del grupo de juegos que incluye en su quinta entrada: "Jugar pelota, naipes, bolos, argolla, etc.", ello si tenemos en cuenta que la expresión 'jugar gallos' aparece en las ordenanzas reales que regularon esta afición a finales del siglo XVII¹²⁹. Lo que sí recoge Sebastián de Covarrubias en la entrada 'gallo' de su *Tesoro* es la tradición de la pelea de gallos, del 'parear gallos':

"El gallo, en su tanto, es animal belicoso y de gran coraje; pelea uno contra otro y el que vence canta luego y se va pompeando. El vencido calla y abaja su cabeza. Acostumbraban en algunas provincias y lugares, como era Atenas, en ciertos días de regocijo, *parear gallos*, uno contra otro, que *peleasen* y ateniéndose unos a uno; y otros a otro, debían hacer sus apuestas por cuál dellos vencería, de donde nació el proverbio tan usado: Éste es mi gallo. Dice Plinio que los de Pérgamo criaban de público gallos, y tenían días de espectáculos de gallos, como si fueran gladiadores [...].¹³⁰

Aquí, además de informarnos sobre el posible origen de este juego, se nos dan las claves del 'ejercicio sometido a reglas, en el cual se gana o se pierde' –tomando la definición de 'juego' del DRAE-. Así se ponen de manifiesto los elementos esenciales del funcionamiento de este juego y que son válidos hasta nuestros días: dos gallos que pelean, personas que apuestan por uno u otro y el carácter de espectáculo del acontecimiento –acto que implica forzosamente las nociones de público y lúdico. Tomemos algunos ejemplos desde el siglo XIX hasta nuestros días para ver hasta qué punto los 'juegos de gallos' están enraizados en el disfrute público:

Según los viajeros del siglo XIX, La Habana no parecía una ciudad española, ni tampoco imitaba a ciudad europea o americana [...]. En La Habana, según parece, reinaban por ley natural *la ignorancia y el ocio*. El habanero *confundía alegría con peleas de gallos, diversión*

¹²⁹ A los interesados en la historia y extensión de este juego les remitimos a la obra de María Justina Saravia Viejo, *op. cit.*

¹³⁰ *Tesoro*, Madrid, Editorial Castalia, 1995, Pág. 575.

*con juegos de azar, felicidad con conversaciones en las esquinas, vida con carnavales, el hablar con los gritos, el amor con el sexo.*¹³¹

-El mismo camino avanza hacia el Salitre, zona de plantaciones arroceras y capital montubia de la provincia, donde las *manifestaciones folklóricas de rodeo, doma de potros, juego de gallos y otras, tienen lugar en días festivos.*¹³²

LAMBAYEQUE: 2, Fiesta de la Virgen de la Candelaria, actividades religiosas, *peleas de gallos, bailes y otras diversiones populares.*¹³³

A la vista de estos ejemplos no puede quedar duda alguna sobre las características definidoras de este juego de gallos. Se reafirma por un lado el que sea un espectáculo público, como dicen los ejemplos propuestos: “manifestación folklórica” y “popular”. Al mismo tiempo se reivindica su carácter lúdico como corresponde a la definición de ‘juego’, los ejemplos escogidos utilizan así términos tan elocuentes como: “ocio”, “alegría”, “días festivos”, “fiesta”, “diversión” y “carnavales” –seguidamente veremos la importancia que tiene esta fiesta popular en relación con el juego de gallos-. Y finalmente, queda patente a través de estos ejemplos la inclusión de los juegos de gallos entre otros tipos de juegos, que sean considerados como perniciosos como los juegos de azar, o que sean considerados como manifestaciones folklóricas como el rodeo, la doma de potros, los bailes, etc. Más adelante analizaremos la estrecha relación que siempre ha existido entre juegos de azar –entre los que se incluyen los juegos de gallos- y el vicio¹³⁴.

¹³¹ “La otra Ciudad Luz”, *La Hora*, Guatemala, 10/06/1997. *Cita del CREA*. La asociación ignorancia y ocio, o mala vida y juegos de azar, y todo ello relacionado con las peleas de gallos nos dará pie a una reflexión posterior.

¹³² CUVI, Pablo; *Ecuador. Paso a Paso*, Colombia, Grupo Editorial Norma, 1994, Pág. 64. *Cita del CREA*.

¹³³ Boletín Centofur, año 5, n° 22, 01/2002 : *Los secretos del Bar*, Lima, Centro de Formación en Turismo. *Cita del CREA*.

¹³⁴ No podemos dejar pasar por alto la estrecha relación existente desde el origen de los tiempos, hecho tan bien estudiado por los etnólogos, entre el elemento religioso y el elemento lúdico –el tercer ejemplo es a este respecto revelador-. En lo que concierne el juego de gallos, con nuestra investigación hemos constatado que a lo largo del tiempo –desde los documentos consultados de siglo XVI hasta las últimas páginas web relacionadas con el juego de gallos- el día predilecto para realizar los combates han sido siempre el domingo (Día del Señor) y días de fiesta cristiana. Sirvan a modo de prueba los extractos siguientes sacados del *CORDE*: “El mayor placer de

A pesar de las referencias de Sebastián de Covarrubias sobre el origen de las peleas de gallos nos deja con las ganas de tener una descripción ‘académica’ de primera mano de este juego en su época a la manera de los ejemplos citados de Vicente Espinel, las Ordenanzas Reales o las Relaciones e Historias de las Indias como esta *Historia del Nuevo Mundo* del Padre Bernabé Cobo (1580-1657) que viene a confirmar el carácter lúdico y lucrativo de este juego:

No sólo sirven las gallinas de sustento para los hombres, sino también, *los gallos, de entretenimiento*; como pasa en Méjico, donde los chinos [entiéndase: indios] les imponen en *pelear* unos contra otros [...]. Acude no poca gente a ver esta pelea, de que los chinos sacan algún interés.¹³⁵

Sin embargo, no podemos pasar por alto la siguiente frase del *Tesoro* que sí hace una referencia a su tiempo inmediato: “La razón porque se ha introducido el *correr gallos* por carnestolendas, según algunos es porque se han comido en aquellas fiestas las gallinas, y porque no quede solo y viudo [entiéndase, el gallo]¹³⁶”. Es evidente la importancia que se daba al hecho de hacer juegos con gallos durante la fiesta de Carnestolendas, véase como ejemplos el anterior de Vicente Espinel y otro anterior del mismo género picaresco, *El Buscón* de Francisco de Quevedo y el conocido pasaje de Pablos

estas gentes es ir los domingos y días feriados a la gallera para jugar su gallo [...]” (ORTEGA, Augusto; *Breves apuntes acerca de la Psicología del Pueblo Dominicano*, ed. Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Universidad Católica, 1922 (1975)); “El domingo y días feriados son ocasión propicia para ir al pueblo, y hacer acopio de provisiones de boca y ajuar, entonces hay oportunidad para darse el gusto de colarse en la gallera [...] Muy raro es el lugar donde los campesinos no tengan como un deber de conciencia la celebración de ‘fiestas’ en honor de algún santo, siendo muy notables los días de Santa Rosa, Santa Lucía San Andrés y otros; estas fiestas típicas acude no sólo el vecindario circundante, sino grandes grupos de lugares distantes” (MEDINA, José; *Informe acerca de la raza, carácter, costumbres, religión, etc. de los habitantes del 36 Distrito Estatal de la República Dominicana*, ed. de Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Universidad Católica, 1922 (1975)) o “Circo Gallístico: Calle Doña Daría Coronel. Todos los días festivos hay riñas de gallos.” (Anónimo; “Las fiestas de Sevilla. Primavera de 1899”, en *La Andalucía Moderna*, Sevilla, 1899). Más tarde veremos, por extensión, la posición que tomaron los hombres de Iglesia respecto a este juego.

¹³⁵ Cita tomada de: Saravia Viejo, María Justina; *op. cit.*, Pág. 66.

¹³⁶ *Op. cit.*, pág 575.

como rey de gallos: “Llegó –por no enfadar- el de unas Canestolendas, y, trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos a suertes entre doce señalados por él, y cúpome a mí. Avisé a mis padres que buscasen galas¹³⁷”. A lo que se refieren tanto Sebastián de Covarrubias como Francisco de Quevedo con las expresiones de ‘correr gallos’ y ‘rey de gallos’ no es al ‘juego de gallos’ sino a otro juego o diversión de la época y que perduró desde entonces hasta mediados del siglo XX y que incluso hoy se sigue practicando en ciertos pueblos peninsulares¹³⁸. Vayamos al diccionario de autoridades de 1734 para ver en qué consiste este juego popular: “Divertimento de Canestolendas, que se ejecuta ordinariamente enterrando un gallo, dejando solamente fuera la cabeza, y pescuezo, y vendandole à uno los ojos, parte desde alguna distancia à buscarle con la espada en la mano, y el lance consiste en herirle o cortarle la cabeza con ella. Otros le corren continuamente hasta que le alcanzan, ò le cansan, hiriendole del mismo modo. Latin Gallis iugulandis ludere”. El diccionario da también otra versión del mismo juego en este caso a caballo.

Pero volvamos a la pérdida de uso de la expresión ‘juego de gallos’ en América Latina pero sobre todo en España. Las razones de este cambio responden a una disminución y marginalización de este entretenimiento entre la población peninsular y a las sucesivas prohibiciones oficiales en la Península. Al otro lado del Atlántico se siguió jugando gallos pese a las regulaciones y/o prohibiciones oficiales y a las amonestaciones de la Iglesia y su popularidad alcanzó a todos los sectores de la sociedad, construyéndose galleras tanto en los barrios marginales como en los barrios adinerados¹³⁹. La prueba de

¹³⁷ Quevedo, Fco de.; *La vida del Buscón* (1626), ed. Fernando Cabo Aseguinolaza, Madrid, Crítica, 1993, Pág. 63.

¹³⁸ Para profundizar más sobre la tradición de ‘correr gallos’ en Castilla y León véase: RODRIGUEZ, María Soledad; “Les « corridas de gallos » en Castille-León: entre rire et fête, un loisir identitaire”, en <http://crec.univ-paris3.fr/loisirs/05-rodriguez.pdf>. [10/12/08]. Y también: DIAZ VIANA, Luis; “El juego de gallos: formas textos e interpretaciones”, en *Revista de Folklore*, Fundación Joaquín Díaz (Obra social de Caja España, 1982, en: <http://www.funjdiaz.net/folklore/07ficha.cfm?id=208> [10/12/08]. Pese al título de este artículo, el autor solo se refiere con ello a las fiestas de “correr gallos”, con especial interés en las que se celebran en Castilla y León.

¹³⁹ Curioso y esclarecedor ejemplo de reglamentación de este juego son las Instrucciones de la Gobernación de Ultramar del superior gobierno de las cortes de Cádiz, de la Constitución de 1812, por las que se pide información

esta afición que no decayó con el tiempo en América la tenemos hoy al contarse con peleas de gallos con permiso oficial en México, Perú, Nicaragua y regiones de Chile. El caso más notorio es el de Puerto Rico, siendo en este Estado donde las peleas de gallos han adquirido el carácter de deporte ('deporte del pico y las espuelas o de los caballeros' que lo llaman allí) y su práctica está regulada por el Departamento de Recreación y Deportes.

La expansión del término 'pelea', 'riña' o 'lidia' ganó terreno desde mediados del siglo XIX ante una equiparación de este tipo de entretenimiento con el espectáculo taurino o incluso con las peleas de perros, caballos y bueyes; equiparación que, por supuesto, se hacía por su carácter violento. Las críticas hacia este juego, que como dijimos no datan sólo del siglo XIX sino de antes, cuando la Iglesia en América lo persiguió e instó a las autoridades a que lo prohibieran (eso sí, desde una perspectiva distinta a la del siglo XIX pues el clero perseguía el carácter de amoralidad asociado al juego, del ambiente de alcohol y apuestas que acababa con la buena conducta de los aficionados al juego y con la hacienda de los mismos y de sus familias¹⁴⁰), vinieron de la mano de moralistas, filósofos o sociólogos

sobre las ciudades españolas de ultramar : “Se dirá si [...] hay fondas, cafés, posadas y mesones, *casas de juego de gallos*, trucos, billar, y pelota y su número, y en qué estado se hallan; si se mantiene en ellas el orden, urbanidad y decencia propias de un pueblo culto y civilizado; si hay riñas, voces y alborotos, o se contraviene a los bandos de policía; si hay exceso en las apuestas o travesías; y si la concurrencia es fuera de aquellas horas que pasado el trabajo y ocupación se dedican a la diversión y esparcimiento”. *Cita del CORDE*.

¹⁴⁰ María Justina Saravia Viejo realiza en su estudio histórico –*op. cit.*, pp. 73-79- un recorrido por las diversas prohibiciones de este juego en Ultramar, entre las personalidades que lucharon por esta prohibición en el Virreinato de Nueva España como el obispo de la diócesis de Puebla-Tlaxcala, Don Manuel Fernández de Santa Cruz (1677-1699), “famoso por su relación con la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz”, como el padre José de Lezamis –cura del sagrario de la Catedral- “que, al conocer los desórdenes que se producían en los palenques; con enfrentamientos entre los galleros, acudía a esos recintos en los momentos de mayor concurrencia, junto con su amigo el padre Pedroza, haciendo que éste cerrara las puertas para que nadie saliera mientras él mismo predicaba a los jugadores para que cambiasen sus costumbres”, o como el que fuera Obispo de Michoacán (1677-1680) y después Arzobispo de Nueva España (1680-1698), Don Francisco de Aguiar y Seixas que consiguió del Virrey primero y después del Rey Carlos II la prohibición de las peleas de gallos (1688) –de las corridas de toros y de las representaciones teatrales-. En relación con Aguiar y Seixas nos parece

como René de Semallé quien en 1863 se sorprende de que todavía existan semejantes “espectáculos cruentos” y que además se hayan llegado a introducir en suelo francés. Dice así:

Nada es más contrario à la opinión pública que estos combates de animales, donde se presentan a la vista del pueblo, ya toros, osos y asnos, acometidos por una docena de robustos perros de presa, ó de gallos peleando entre sí para el sumo placer de los espectadores. La costumbre de ver cómo corre la sangre de los animales convierte en insensibles à los hombres para la muerte.¹⁴¹

Fijémonos también en la relación que hizo en 1892 a raíz de su visita a Santo Domingo el educador, filósofo, intelectual, abogado, sociólogo y escritor puertorriqueño Eugenio María de Hostos y Bonilla (1839-1903), el conocido como Ciudadano de América:

(La pelea de gallos) Es la pasión del juego con todos sus neurotismos, con todos sus extravíos, con todos sus furores [recordemos que en *El Coronel* a los aficionados a este juego se les llama fanáticos desde la

interesante la caracterización que realiza de este “implacable prelado” el escritor Carlos Fuentes en su ensayo *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992. *Cita del CREA*): “El arzobispo de México en tiempos de Sor Juana, Aguiar y Seixas, detestaba de tal modo a las mujeres que no las permitía en su presencia [...] Su odio hacia el agua (otra fobia hispano católica) era igualmente ferviente [...] también logró suprimir las peleas de gallos, el juego, las novelas, y desde luego, de ser posible, a las mujeres”. Pese a esto, tanto en la realidad como en la literatura encontramos ejemplos de gente del clero que disfrutaban con esta afición a los gallos. Gabriel García Márquez introduce en *Cien Años de Soledad* –Madrid, Cátedra, pp. 295-296– al cura de Macondo, el padre Antonio Isabel, quien criaba gallos de pelea en el patio de la casa cural y quien “enseñaba (a José Arcadio Segundo) el catecismo mientras le afeitaba el pescuezo a los gallos”. Así su discípulo “Fogueado por la intrepidez de su preceptor llegó en pocos meses a ser tan ducho en martingalas teológicas para confundir al demonio, como diestro en las trampas de la gallera. [...] Se hizo hombre de gallos. [...] Pronto demostró en la gallera la sabiduría que le infundió el padre Antonio Isabel, y dispuso de suficiente dinero no sólo para enriquecer sus crías, sino para procurarse satisfacciones de hombre”.

¹⁴¹ Semallé, René de ; *Lettres d'un touriste sur les combats de taureaux*, París, 1863. Cartas dirigidas al Dr. Blantin, vicepresidente de la Sociedad Protectora de Animales. Texto citado por Adolfo de Castro en su obra *Combates de toros en España y Francia*, Madrid, Imprenta de Pérez Dubrull, 1889, Pág. 71. *Cita del CORDE*.

primera página de la novela]. [...]. Una sola vez he asistido a ella, en un campo, cuyos encantos me hizo odiosos: tan viva y tan enérgica fue la repulsión que me causó al ver convertido un noble, valeroso y arrogante animalito en bárbaro pretexto de la codicia y la furia de los hombres. Las peleas de gallos y los fandangos, [...], son dos sostenedores de barbarie. Mientras subsistan las galleras no se deberá considerar como dado el primer paso de aquel pueblo hacia la civilización.¹⁴²

El Coronel no tiene quien le escriba y la barbarie

*Y si vamos a salvajismos,
qué diría el autor del Diccionario de Verdades Sociales, de las riñas de gallos¹⁴³.*

Partiendo de la reflexión de Hostos y Bonilla, vayamos al texto de García Márquez para ver si el autor colombiano quiso teñir las peleas de gallos con un tinte de barbarie. Es un hecho innegable que Agustín, el hijo del Coronel, murió acribillado a tiros en la gallera pero consideramos que García Márquez no ha querido hacer de esta muerte un ejemplo de barbarie gallística. Agustín murió acribillado en la gallera, sí, pero por distribuir información clandestina (Pág. 20¹⁴⁴). En la novela se insiste en el hecho de que la verdadera barbarie se sitúa a nivel de la represión policial brutal a la que se ve sometido el pueblo – que al ser un pueblo anónimo podría ser la historia de cualquier pueblo en estado de sitio-. Con lo cual, la barbarie de la condición humana, en este caso, se sitúa fuera de la gallera. Diciendo esto no podemos estar de acuerdo con el escritor –y gran conocedor de la obra *garcimarquena*- Mario Vargas Llosa cuando afirma que en “*El Coronel* la gallera representa la sordidez provincial y el horror cotidiano”¹⁴⁵. La violenta lucha de los animales en la gallera, signo

¹⁴² HOSTOS Y BONILLA, Eugenio María de; *Apuntes diversos (Informes y artículos sobre lengua y folklore de Santo Domingo, 1883-1954*, ed. Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Universidad Católica, 1975. *Cita del CORDE*.

¹⁴³ AGUIRRE, Jorge; *Historia de la tauromaquia en Guatemala*, México D.F., Impulsora de Publicaciones S.A., 1945. *Cita del CORDE*.

¹⁴⁴ Todas las citas del texto que haremos fueron tomadas de la edición DEBOLSILLO, Barcelona, 2005.

¹⁴⁵ VARGAS LLOSA, Mario; ‘García Márquez: de Aracataca a Macondo’, en *La Novela Hispanoamericana actual*, coord. Ángel Flores y Raúl Silva Cáceres, Nueva York, Las Américas Publishing Company, 1973, Pág. 167.

distintivo de este juego siguiendo los dos testimonios sociológicos anteriores, no aparece en ningún momento en la novela puesto que en ningún momento asistimos a un juego de gallos, a una lidia de dos aves a vida o muerte. Sin embargo, sí que asistimos a una pelea con tintes políticos¹⁴⁶.

Seguramente los lectores de *El Coronel...* recuerden que en la obra sí aparece un enfrentamiento entre gallos pero este enfrentamiento, lejos de ser una lucha sangrienta, se trata de un entrenamiento (Páginas 88 y siguientes)¹⁴⁷. Para los conocedores del mundo gallístico, los entrenamientos que practican los galleros con sus animales les sirven para medir las aptitudes físicas de estos en vistas a

¹⁴⁶ La barbarie relacionada con el ambiente de histeria colectiva que se puede llegar a vivir ante este tipo de espectáculo lo refleja García Márquez en su obra cumbre *Cien Años de Soledad* (1967). Hablamos, claro está, del episodio del asesinato por parte del patriarca, José Arcadio Buendía, de Prudencio Aguilar quien acababa de ver perder a su gallo en la arena. Con el rencor que caracteriza al mal perdedor, Prudencio falta a la virilidad de José Arcadio Buendía y éste lo mata de un lanzazo. “Furioso, exaltado por la sangre de su animal, el perdedor se apartó de José Arcadio Buendía para que toda la gallera pudiera oír lo que iba a decirle. –Te felicito –gritó-. A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu mujer. [...] –Y tú, anda a tu casa y ármate, porque te voy a matar. [...] La lanza de José Arcadio Buendía, arrojada con la fuerza de un toro [...] le atravesó la garganta”. Madrid, Cátedra, 2003, pp. 108-109.

Del mismo modo podemos hacer referencia a otra situación de parecida gravedad en *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos: “Ya habían caído en lances personales casi todos los hombres de una y otra familia, cuando una tarde de riña de gallos, en el pueblo, como supiese Félix, bajo la acción del alcohol, que su padre estaba en la gallera, se fue allá [...] para provocar al padre. Don José saltó al ruedo blandiendo el chaparro para castigar la insolencia; pero Félix hizo armas, a él también se le fue la mano a la suya y poco después regresaba a su casa, abatido, sombrío, envejecido en instantes, y con esta noticia para su mujer: - Acabo de matar a Félix. Ahí lo traen”. Madrid, Cátedra, 1997, pp. 134-135.

¹⁴⁷ Valga como descripción de una verdadera pelea de gallos la que sigue: “Hay peleas de gallos que son largas, sangrientas, dolorosas. Los gallos se van destrozando uno al otro sistemáticamente; un espuelazo y allá te va un hilillo de sangre que tiñe el pico, un picotazo certero, y se le vacía un ojo a uno de los contrincantes, otro tajo de espuela, y se le abre el muslo a uno como granada madura. [...] Sólo el interés de un golpe certero que ponga fuera de combate a uno de los contrincantes, mantiene el interés vivo entre los espectadores”. COTTO-THORNER, Guillermo; *Trópico en Manhattan*, San Juan de Puerto Rico, Cordillera, (1951) 1967. Cita del CREA.

un próximo combate. Los gallos se preparan para la lidia enfrentándose con otros seres de su especie, pero siempre pelean protegidos para no herirse antes del combate. Se envuelven las patas de los animales con las vainillas que son “envolturas de mandil, etc., que se les coloca sobre las canillas..., cubriendo los machos para evitar que se lastimen durante los golpes”¹⁴⁸. Así el Coronel, antes de los torneos previstos para el mes de enero, debería haber comenzado a preparar su gallo para el combate. Sin embargo, fueron los amigos de su difunto hijo Agustín quienes decidieron sin consultárselo llevarse al animal a la gallera para entrenarlo. Allí en la gallera se produce lo que consideramos es el punto cumbre de la novela y que comentaremos más adelante.

(El Coronel) Pasó de largo por la oficina de correos. Un momento después estaba sumergido en la turbulenta atmósfera de la gallera. Vio su gallo en el centro de la pista, solo, indefenso, las espuelas envueltas en trapos, con algo de miedo evidente en el temblor de las patas. El adversario era un gallo triste y ceniciento. El coronel no experimentó ninguna emoción. Fue una sucesión de asaltos iguales. Una instantánea trabazón de plumas y patas y pescuezos en el centro de una alborotada ovación. Despedido contra las tablas de la barrera el adversario daba una vuelta sobre sí mismo y regresaba al asalto. Su gallo no atacó. Rechazó cada asalto y volvió a caer exactamente en el mismo sitio. Pero ahora sus patas no temblaban.
[...] Hubo una frenética explosión de aplausos y gritos. El coronel notó la desproporción entre el entusiasmo de la ovación y la intensidad del espectáculo. Le pareció una farsa a la cual –voluntaria y conscientemente– se prestaban también los gallos.

Es profundamente elocuente la descripción que hace García Márquez porque viene a negar la presencia de cualquier rasgo relacionado con la barbarie o la violencia presentes en el juego de gallos. Y eso lo consigue literariamente poniendo en escena una pelea sin llegar a ser pelea, poniendo en escena un entrenamiento. García Márquez nos niega la posibilidad de asistir a una verdadera pelea de gallos –ahí está el gran logro de su novela al dejar el final abierto por el que no sabremos nunca jamás si el gallo del coronel ganará el torneo en enero ni tampoco si recibirá la pensión de veterano del ejército–, por lo tanto nos niega la posibilidad de ver correr la sangre de los animales. Pero al mismo tiempo, y esto debería llamar la atención de los estudiosos de la obra *garcimarquiana*, en *El Coronel*...

¹⁴⁸ *Peñas de gallos, su historia, tradición y actualidad; op. cit.*, Pág. 198.

la violencia explícita –la violencia de los gritos y de la sangre- brilla por su ausencia. La violencia, gran eje temático de la obra de nuestro autor, se dio antes del hecho narrado, con la muerte a tiros del hijo del coronel, y se dará muy probablemente pero no del todo seguro en un futuro inmediato, fuera también del hecho narrado, con el torneo de peleas de gallos de enero. La gallera, al contrario de lo que nos dice Vargas Llosa, no es un símbolo de “la sordidez provincial y el horror cotidiano” sino un lugar de respiro para la comunidad donde los contrarios que lucharán a muerte ya no son represores y represaliados políticos sino los animales.

Si queremos estudiar la violencia en la obra tenemos que buscarla, como dijimos líneas más arriba, en otra dirección: en la situación política en que se encuentra el pueblo. Recordemos la frase siguiente pronunciada por el coronel en la primera división de la novela (Pág. 16): “Siempre se me olvida que estamos en estado de sitio”. Esta frase y otros datos –la censura en la prensa y en el cine, la distribución de información clandestina (hecho por el que Agustín fue asesinado) o la redada de la policía en el salón de juegos- son fuente suficiente de información sobre el clima de tensión que se vive en el pueblo. A partir de estos elementos y la referencia a la nacionalización del Canal de Suez que aparece en el periódico que recibe todos los viernes el médico del pueblo es fácilmente reconocible el marco histórico que envuelve la novela de *El Coronel*...: los años durante los cuales Colombia estaba sumida en *La Violencia*. García Márquez no nombra este periodo en ningún instante fiel a la temática característica de parte de su obra a partir de esta novela que a nosotros nos gusta denominar: la Historia como suceso¹⁴⁹. *La Violencia*, violencia real en

¹⁴⁹ García Márquez explica la introducción del elemento político en su obra – y que lo relaciona directamente con el movimiento literario denominado Boom- diciendo que sus amigos le amonestaron por su falta de compromiso político en sus escritos. El autor dice al respecto: “Entonces empecé a contar un tipo de historia que era totalmente distinto del que me interesaba antes, dramas (*El Coronel*, *La mala hora*) relacionados directamente con el problema social y político de Colombia en esos momentos... Al decirte que me encontré con estos temas un poco ajenos a mí, ya te estoy confesando cosas que realmente son muy profundas para mí...” (ARNAU, Carmen; *El mundo mítico de Gabriel García Márquez*, Barcelona, Edición Península, 1971, p. 14). María Eulalia Montaner en su *Guía para la lectura de Cien Años de Soledad* – Madrid, Castalia, 1987, Pág. 58- analiza de esta manera la presencia de la Historia en la obra *garcimarquiana*: “(Los hechos reales) su utilización en el relato no tiene otra finalidad que cooperar a dar verosimilitud al mundo de la novela. No se puede pretender que los hechos

este caso, y que sirva a modo de breve recordatorio, sacudió a Colombia, especialmente a la zona de Sucre, desde 1949 hasta 1966. Durante este periodo, la lucha entre conservadores y liberales favoreció el golpe de estado del general Gustavo Rojas Pinilla consiguiendo así el puesto de Presidente del país. Este dictador gobernó con mano de hierro y llevó a cabo una feroz campaña de represión de las guerrillas liberales. Su decisión de mantenerse en el poder hasta 1962 motivó un acuerdo entre conservadores y liberales para arrancarlo del poder y forzarlo a permitir un nuevo periodo constitucional de alternancia entre los anteriores desde 1957. Desde este momento y hasta el final de *La Violencia* la represión se cebó con el campesinado alrededor del cual se habían reorganizado milicias guerrilleras favorables a ambos bandos políticos que rechazaban la alternancia política en el gobierno del país. Así pues, García Márquez abre la puerta a la barbarie, siendo la política el “bárbaro pretexto de la codicia y la furia de los hombres”, retomando las palabras de Hostos y Bonilla aplicadas por su parte a las peleas de gallos y negadas literariamente en esta novela.

Hemos dicho hace unos instantes que el entrenamiento del gallo en el circo gallístico –entrenamiento no consentido por el coronel- es, a nuestro modo de ver, el momento clave en la trama narrativa. Y lo es por una razón bien precisa que se encuentra contenida en la siguiente

reales cumplan con las coordenadas normales de espacio y tiempo en un mundo creado a imagen y fantasía del autor, y ubicado al margen de los atlas”. En la idea de Historia como margen han insistido Caroline Lepage y James Cortés Tique también refiriéndose a *Cien Años de Soledad* y en este caso a la Guerra de los 1000 días: “En l’absence du colonel Aureliano Buendía, parti à la guerre (il n’est sans signification que le conflit soit la plupart du temps repoussé dans les marges, comme si Macondo devait être principalement le théâtre de l’expression des manifestations d’une passion généalogique si intense que rien de trop encombrant ne peut venir la perturber) [...]”, en *Lire Cent ans de solitude : voyages en pays macondien*, París, CNED-PUF, 2008, Pág. 103. Conrado Zuluaga Osorio analiza de manera muy pertinaz este mismo concepto de Historia de América: “Toda la obra de García Márquez es, en uno de sus principales aspectos, el testimonio de una historia no escrita, la versión distinta de la oficial, la verdadera versión y verdadera historia; en lucha contra el olvido, contra la versión de los historiadores, contra el vertiginoso y perpetuo deterioro de la memoria en que se vive sumido”, (“La función social en la obra de García Márquez”, *Puerta abierta a Gabriel García Márquez*, Barcelona, Editorial Casiopea, 2001, Pág. 51).

frase: “Pasó de largo por la oficina de correos”. Con esta frase se establece un antes y un después en el comportamiento del coronel. Un antes marcado por una espera eterna y monótona de la carta que cada viernes el coronel se encarga de ir a buscar primero al embarcadero y después a la oficina de correos. Un después porque el gallo, que hasta aquí había sido un eje narrativo casi tan importante como lo era la espera de la carta, cobra toda la importancia que tenía aquella espera de la pensión y es ahora, tras observar el comportamiento del gallo en los entrenamientos, otra espera la que prevalece: la espera de la victoria del gallo en los combates de enero. El narrador consigue con esta escena ocurrida en la gallera llevar el suspense sobre la figura del gallo al punto más alto. Las ovaciones del público enardecido –los “furores” como diría Hostos y Bonilla- y la seguridad con la que se mantiene en pie el gallo del coronel ataque tras ataque de su adversario pueden hacer creer al coronel y a nosotros, lectores, que existe la posibilidad de que el gallo gane en el torneo de enero, que existe hay una esperanza de victoria¹⁵⁰.

Por un lado, los lectores, podemos dejarnos llevar por el espíritu festivo que envuelve este entrenamiento, por las ovaciones de un público que por unos instantes parece confundir, como se nos daba en la descripción del pueblo habanero del siglo XIX que veíamos hace unos momentos, “alegría con peleas de gallos”. Queda patente el carácter lúdico de este juego con expresiones del tipo: “Hubo una frenética explosión de aplausos y gritos”, “Una multitud exaltada se precipitó por las graderías hacia la pista. El coronel observó la confusión de rostros cálidos, ansiosos, terriblemente vivos” y también “Volvió a abrirse paso, sin mirar a nadie, aturdido por los aplausos y los gritos [...]”. Esta descripción del ambiente de la gallera nos puede hacer pensar de nuevo en las palabras de Hostos y Bonilla cuando dice: “Es la pasión del juego con todos sus neurotismos, con todos sus extravíos, con todos sus furores”. Es tal el espectáculo que suponen los entrenamientos del gallo del coronel que toda una muchedumbre lo sigue hasta su casa: “Todo el pueblo –la gente de abajo- salió a verlo pasar seguido por los niños de la escuela”, “Él siguió absorto hasta su casa, todavía oyendo voces dispersas, como si lo persiguieran los desperdicios de la ovación de la gallera”.

¹⁵⁰ Raúl H. Castagnino ve en la carta una comunicación que se espera, implicaría retraso, representaría la burocracia e implicaría también interacción; sin embargo, el gallo es, a su modo de ver, negativo en el carácter, pero implicaría esperanza. En, *Sentido y estructura narrativa*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1975.

El que todo el pueblo ovacione al animal en los entrenamientos o que se sienta perturbado con el paso del animal en brazos del coronel tiene un interés particular. Esto tiene que ver con lo que acabamos de apuntar sobre la esperanza transmutada de la carta al gallo. El gallo antes de los entrenamientos no era más que un animal heredado del hijo muerto del coronel y que por lo mismo se convierte en la continuación del ciclo vital de ese hijo desaparecido. El gallo era de Agustín y era éste quien tenía previsto poner al animal en la gallera con la esperanza de ganar en las competiciones. Así el día que lo mataron, pese a la reticencia de su madre, Agustín confiaba en conseguir mucho dinero gracias al gallo (Pág. 50).

-Me parece que lo estuviera viendo cuando salio con el gallo debajo del brazo. Le advertí que no fuera a buscar una mala hora en la gallera y él mostró los dientes y me dijo: “Cállate, que esta tarde nos vamos a podrir de plata”.

Desgraciadamente esa tarde Agustín murió acribillado a tiros en la gallera a causa de una redada policial. La mala hora que adivinaba su madre se cumplió: “Si el tres de enero se hubiera quedado en la casa no lo hubiera sorprendido la mala hora” (Pág. 50). La madre de Agustín parece ver en el animal un ser que atrajera la mala suerte – característica sobre la que insistiremos más adelante- y echa la culpa de la pérdida de su hijo a los animales cuando verdaderamente la culpa fue de la violencia policial: “Esos malditos gallos fueron su perdición” (Pág. 50).

Las esperanzas de Agustín permanecen en un paréntesis que abarca buena parte del relato en el que el coronel no sabe si vender o no el gallo –o incluso regalarlo a los amigos de su hijo- puesto que el matrimonio se está muriendo de hambre por dar de comer al animal (la mujer del coronel llegará a decir: “Es pecado quitarnos el pan de la boca para echárselo a un gallo”). Pero este paréntesis se cierra definitivamente tras el entrenamiento. El coronel, por primera vez en el relato toma una decisión con aplomo: “El gallo no se vende” (Pág. 92). El gallo pasa entonces de ser el único recuerdo vivo del hijo muerto antes de los entrenamientos a ser el símbolo de la esperanza para el coronel (y solo del coronel puesto que la relación entre el gallo y la mujer del coronel no está tejida de la misma manera, y la mujer no tiene ninguna confianza en la victoria del animal ya que lo considera culpable de la muerte de su hijo)¹⁵¹. Y no sólo símbolo de la

¹⁵¹ No queremos que parezca un error de estilo el hecho de decir “el único

esperanza para el coronel sino en símbolo de todo un pueblo que sale a ovacionarlo, verle pasar o seguirle hasta su casa. La deuda contraída con su hijo a la muerte de éste, la deuda de jugar gallos en su lugar – como cumplir su última voluntad- se convierte en la deuda contraída con la colectividad, la deuda de una vida mejor como la de un pasado ajeno a la represión policial y la Violencia (Pág. 90-91):

No se arrepintió. Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia. Esa tarde –otro viernes sin carta- la gente había despertado. El coronel se acordó de otra época. Se vio a sí mismo con su mujer y su hijo asistiendo bajo el paraguas a un espectáculo que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música. Revivió casi la dolorosa resonancia del bombo en sus intestinos¹⁵².

Frente a los miedos que el pueblo sentía hasta entonces y que Don Sabas, otro de los personajes de la novela, expresaba así: “Pero ahora nadie se atreve a soltar un buen gallo. Siempre hay el riesgo de salir muerto a tiros de la gallera”¹⁵³, ahora se reivindica el derecho al juego de gallos símbolo de una normalidad recobrada.

recuerdo vivo del hijo muerto” sino que parezca que hemos medido cuidadosamente las palabras puesto que el coronel al coger el gallo entre sus brazos el día del entrenamiento: “no dijo nada más porque lo estremeció la caliente y profunda palpitación del animal. Pensó que nunca había tenido una cosa tan viva entre las manos” (Pág. 90).

¹⁵² Es interesante el notar en este fragmento la relación clara que se establece entre un pasado feliz y el hecho de que esa felicidad esté en relación con un elemento lúdico, en este caso se trataba del visionado de una película por al familia del coronel y de la escucha de música en el patio de la casa familiar.

¹⁵³ De nuevo, al igual que lo sintió la madre de Agustín y al igual que la expectativa de lectura que nosotros podemos tener respecto a las peleas de gallos, Don Sabas confunde la violencia fruto de la represión policial con la violencia que caracteriza la pelea de gallos.

Algunos críticos, como Ángel Rama y Doris Rolfe¹⁵⁴, ven el gallo como símbolo de la resistencia política pero el mismo García Márquez refuta esta opinión¹⁵⁵. El considerar al gallo desde este punto de vista quizás sea caer en una simplificación del papel del animal en la obra. Nosotros consideramos que el gallo de Agustín es un trasunto entre un pasado mejor y un presente inestable. Además, como ya hemos señalado, el gallo es el símbolo de la esperanza en un futuro mejor para el coronel y su mujer¹⁵⁶.

Pese a todo lo que acabamos de decir, queremos terminar esta parte llamando la atención sobre una frase que se encuentra en lo que hemos considerado el epicentro de la narración y que hace referencia a la consideración que hace el coronel del entrenamiento en la gallera: “Le pareció una farsa a la cual –voluntaria y conscientemente- se prestaban también los gallos”. El que el coronel considere los entrenamientos como una *farsa* organizada por los hombres con el acuerdo tácito de los gallos viene a confirmar el carácter de espectáculo del juego de gallos. Podríamos seguir profundizando en la interpretación de la figura del gallo, podríamos seguir añadiendo

¹⁵⁴ RAMA, Ángel; “Un novelista de la violencia americana”, *Homenaje a Gabriel García Márquez*, Helmy F. Giacoman (coord.), Madrid, Anaya, 1972, pp. 57-72. Por otra parte, Rama expone así la presencia de la violencia y abuso político en la obra de García Márquez: “[...] en la obra de García Márquez, la violencia es concomitante de la opresión política, aunque una y otra están como interiormente gastadas por la persistencia [...]”, (Citado por Russell en su edición de *Cien años de soledad*, op. cit., pp. 266-267. RAMA, Ángel; “Introducción a *Cien años de soledad*”, *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez*, ed. de Pedro Simón Martínez, La Habana, Casa de las Américas, 1969, pp. 68-71).

ROLFE, Doris; “El arte de la concentración expresiva en *El coronel no tiene quien le escriba*”, Madrid *Cuadernos Hispano-Americanos*, vols. 277-278 (Julio-Agosto 1973), pp. 337-350.

¹⁵⁵ GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel; “La poésie à la portée de tous”, *Magazine Littéraire*, París, nº 178, Noviembre, 1981, p. 31. Número dedicado al autor colombiano.

¹⁵⁶ Ernesto Volkening lo ve de esta manera: “El gallo, cuya imagen va arrimándose, poco a poco, al sitio que ocupaba en la conciencia de su dueño la carta vanamente esperada, parece un animal como cualquier otro, pero en realidad es una quimera, un monstruo insaciable, la emplumada encarnación del anhelo que, compitiendo con el gusano en las entrañas del coronel, le devora el alma”. En “Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado”, *Gabriel García Márquez*, coord. Peter Earle, Madrid, Taurus, Colección Persiles, nº 129, 1982, Pág. 27.

valores y matices sobre este animal heredado de hijo a padre, pero no tenemos que perder de vista que se trata simple y llanamente de un juego por el que la batalla de los animales divierte a los hombres. Por eso aunque algunos críticos quieran ver en el gallo del coronel el símbolo de la resistencia política, aunque el propio coronel al coger al gallo en sus brazos y ver al público alborozado sienta la alegría de un tiempo pasado, el gallo no puede cambiar el discurrir de los acontecimientos, no puede evitar que el pueblo siga en estado de sitio ni puede evitar que se sigan produciendo violentas redadas policiales. El gallo en *El coronel*, es una y muchas cosas al mismo tiempo, pero es ante todo un animal por el que se apuesta, es, en suma, parte de un juego.

Juego de gallos y juegos de azar

*Hace mucho tiempo que Dios perdió la apuesta*¹⁵⁷.

*Miren ustedes, les prevengo de que en el juego existe la mala y la buena suerte*¹⁵⁸.

Pero el juego de gallos no es el único elemento lúdico que aparece en la novela de García Márquez. El pueblo donde se sitúa la historia de *El coronel...* cuenta con un salón de billares. Lo que sucede en este salón de juegos constituye, según nuestra opinión, el segundo momento más importante de la novela tras lo sucedido durante los entrenamientos del gallo. Merece la pena que plasmemos aquí este momento (pp. 81-83):

Encontró a Álvaro jugando ruleta en el salón de billares. El establecimiento hervía en la noche del domingo. El calor parecía más intenso a causa de las vibraciones del radio a todo volumen. El coronel se entretuvo con los números de vivos colores pintados en un largo tapiz de hule negro e iluminados por una linterna de petróleo puesta sobre un cajón en el centro de la mesa. Álvaro se obstinó en perder en el veintitrés. Siguiendo el juego por encima de sus hombros el coronel observó que el once salió cuatro veces en nueve vueltas.

-Apuesta al once –murmuró al oído de Álvaro-. Es el que más sale.

¹⁵⁷ PARANAGUÁ, Paulo Antonio; *Arturo Ripstein*, Madrid, Cátedra, Colección Filmoteca española, 1997. Hablando del dispensario de Santa Cecilia que alquilaba sus instalaciones al palenque de gallos porque necesitaba dinero: “la virtud se vale del vicio, las monjas se cruzan con los jugadores”. *Cita del CREA*.

¹⁵⁸ POZO, Raúl; *Noche de Tahúres*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995, Pág. 33.

Álvaro examinó el tapiz. No apostó en la vuelta siguiente. Sacó dinero del bolsillo del pantalón, y con el dinero una hoja de papel. Se la dio al coronel por debajo de la mesa.

-Es de Agustín –dijo.

El coronel guardó en el bolsillo la hoja clandestina. Álvaro apostó fuerte al once.

-Empieza por poco –dijo el coronel.

“Puede ser una buena corazonada”, replicó Álvaro. Un grupo de jugadores vecinos retiró las apuestas de otros números y apostaron al once cuando ya había empezado a girar la enorme rueda de colores. El coronel se sintió oprimido. Por primera vez experimentó la fascinación, el sobresalto y la amargura del azar.

Salió el cinco.

-Lo siento –dijo el coronel avergonzado, y siguió con un irresistible sentimiento de culpa el rastrillo de madera que arrastró el dinero de Álvaro-. Esto me pasa por meterme en lo que no me importa.

Álvaro sonrió sin mirarlo.

-No se preocupe. Pruebe en el amor.

El coronel se dirigió al salón de billares para poder hablar con lo amigos de su difunto hijo del proyecto de vender el gallo a su compadre Don Sabas –recordemos que en este momento del relato no se han realizado los entrenamientos-. Allí encuentra a Álvaro jugando a la ruleta y sucede lo que acabamos de ver. Lo interesante de este pasaje es que de nuevo sea el juego el centro de atención del coronel. No podemos dejar de comparar este momento con el posterior de los entrenamientos. El coronel es en ambos un espectador atento. En ambos decide que puede intervenir –aquí invitando a apostar por el número once y en el entrenamiento arrebatando al gallo de las manos de Germán otro de los amigos de su difunto hijo-. En ambos el ambiente reflejado es de “la pasión del juego con todos sus neurotismos”–que dijo Hostos y Bonilla-, aquí el “establecimiento hervía” y en la gallera reinaba una “turbulenta atmósfera y la confusión de rostros cálidos, ansiosos, terriblemente vivos”. Aquí “el coronel se sintió oprimido” por el calor y los jóvenes agolpados dentro del salón, en la gallera el coronel “se abrió paso a través de la multitud concentrada en el redondel” y ante las ovaciones del público enardecido experimentó dos sensaciones: “el coronel se sintió intimidado y aturdido por los aplausos”. Gracias a estos paralelismos el lector que ha asistido junto al coronel a este juego de ruleta será capaz después de identificar los entrenamientos de la pelea de gallos como un juego con las mismas características que cualquier otro juego. Y para más proximidad el narrador ha elegido el juego de la

ruleta con su “enorme rueda de colores” para no alejarse mucho del redondel de la gallera.

Sin embargo, creemos que existen unas correspondencias contrastadas que creemos también fueron deseadas por el narrador. Por un lado esto se refleja en la descripción cromática de las dos situaciones: frente a los “vivos colores pintados en un largo tapiz de hule negro y la enorme rueda de colores”, la cancha de de la gallera destaca por su falta de color –y eso que cualquier fotografía o pintura que refleje una pelea de gallos destaca en esta entre otras cosas el vivo color del plumaje de los animales-. Por otro lado, y de mayor importancia, también se refleja en que los sentimientos que experimenta en un principio el coronel al asistir al juego de la ruleta son muy diferentes de aquellos que experimentará también en un principio al asistir al entrenamiento del juego de gallos. Vemos que el coronel “por primera vez experimentó la fascinación, el sobresalto y la amargura del azar” al observar el juego de la ruleta mientras que siendo espectador del entrenamiento de gallos textualmente se nos dice que “el coronel no experimentó ninguna emoción”. Es más, no solo la pelea ficticia de gallos no le causó ninguna de las sensaciones que tuvo al presenciar un juego de mesa como es la ruleta, sino que además consideró esa pelea como algo falso, le negó la clasificación como juego y le adjudicó aquella de farsa, de ‘enredo, trama o tramoya para aparentar o engañar’ (según el DRAE). Dice el texto en la página 89: “Le pareció una farsa a la cual –voluntaria y conscientemente- se prestaban también los gallos” –como ya apuntábamos líneas más arriba-

Podríamos intentar explicar este cambio de actitud de varias maneras. Primero, en la sala de billares, el coronel tiene una corazonada y aunque no apuesta directamente con su dinero podemos decir que Álvaro juega por él y es como si él mismo estuviera jugando, por lo tanto el coronel se ha dejado llevar por la fascinación, el sobresalto y finalmente la amargura que suponen los juegos de azar. El coronel en ese momento se ha puesto en la piel de un jugador y como tal siente una atracción irresistible hacia aquello que no se puede explicar y que es el azar: la casualidad o lo fortuito. Al contrario, cuando el coronel llega a la gallera es su gallo el que está peleando y no han sido ni su hijo ni él mismo los que lo han llevado hasta allí para ello, el gallo ha sido sustraído de su casa sin su consentimiento por lo tanto su estado de ánimo era contrario a lo que estaba viendo. Sin embargo, el coronel reconocerá al volver a su casa, como hemos visto hace unos momentos, que los chicos “hicieron

bien” en llevarse el gallo y se muestra tan optimista que se niega a venderlo –aunque esta decisión la toma al ver que el pueblo parece desmerecerse y recobrar un sentido de comunidad ante la expectación que supone su gallo, y no la toma porque crea que el gallo pueda ser un buen gallo de pelea-.

La segunda explicación que podríamos aventurar, sin excluir lo que acabamos de decir, es que efectivamente el coronel está presenciando en la gallera una farsa, esto es, una ‘obra dramática desarreglada, chabacana y grotesca’ (según el DRAE). Al ser un entrenamiento los gallos no pelean de verdad, se trata de un juego “a medias”. El público que ovaciona desproporcionadamente al gallo, esos “fanáticos de la gallera” tal y como se denomina a Agustín y a sus amigos al comienzo de la obra, parece que grotescamente también se están entrenando para el gran día de los combates como al parecer también lo hacen los gallos con sus garras envueltas en trapos para no hacerse daño.

Las correspondencias entre estos dos momentos de la obra, ambos relacionados directamente con el juego, siguen dándonos pistas para continuar con nuestro análisis. No es anodino el hecho de que Agustín fuera asesinado en la gallera tras una redada de la policía por distribuir información clandestina (Pág. 20: “Tuvo la certeza de que ese argumento justificaba su determinación de conservar el gallo, herencia del hijo acribillado nueve meses antes en la gallera, por distribuir información clandestina.”) y que más tarde el padre de Agustín se vea envuelto en otra redada policial en este caso en el salón de billares justo cuando sale perdiendo el número propuesto por el coronel para que apostara por él un amigo de su difunto hijo. Veamos el texto (pág. 83):

De pronto se interrumpieron las trompetas del mundo. Los jugadores se dispersaron con las manos en alto. El coronel sintió a sus espaldas el crujido seco, articulado y frío de un fusil al ser montado. Comprendió que había caído fatalmente en una batida de la policía con la hoja clandestina en el bolsillo. Dio media vuelta sin levantar las manos. Y entonces vio de cerca, por la primera vez en su vida, al hombre que disparó contra su hijo. Estaba exactamente frente a él con el cañón del fusil apuntando contra su vientre. Era pequeño, aindiado, de piel curtida, y exhalaba un tufo infantil. El coronel apretó los dientes y apartó suavemente con la punta de los dedos el cañón del fusil
-Permiso –dijo.

Efectivamente cuando el coronel se acerca a la mesa de apuestas donde está jugando Álvaro, este le pasa una hoja de información clandestina:

Álvaro examinó el tapiz. No apostó en la vuelta siguiente. Sacó dinero del bolsillo del pantalón, y con el dinero una hoja de papel. Se la dio al coronel por debajo de la mesa.

-Es de Agustín –dijo.

Recordemos que hace unos momentos habíamos analizado la relación existente entre violencia y juego de gallos y habíamos llegado a la conclusión de que la dicha violencia no venía del juego en sí sino de la represión policial en la que el pueblo estaba sumido. La información clandestina sería la única manera de tener noticias del exterior y del movimiento de oposición al régimen. Así, el hecho de pasar hojas clandestinas es una costumbre entre cierta parte de la población, de esta forma lo podemos constatar en la relación que mantienen el médico y el coronel, o el coronel y los amigos de su hijo muerto¹⁵⁹. Lo que no podemos pasar por alto es que la subversión de las leyes impuestas por el estado de sitio se produce en lugares de concurrencia de público y que en la obra se relacionan directamente con el juego: la gallería y la sala de billares. Se puede justificar así la estrecha relación existente entre el juego y los problemas públicos que al principio de este trabajo habíamos explicado. Nos habíamos fijado entonces en las razones por las que el juego de gallos decayó en popularidad en España y fue constantemente reglamentado (y prohibido) en América Latina pese a que allí no decayera en popularidad sino justamente lo contrario, habíamos hablado de razones religiosas, de urbanidad y de civismo. Quede plasmado aquí un ejemplo que dábamos en una nota aparte al comienzo del estudio, se trata de las Instrucciones de la Gobernación de Ultramar del superior gobierno de las cortes de Cádiz, de la Constitución de 1812, por la que se pide información sobre las ciudades españolas de

¹⁵⁹ “Cuando la mujer anunció que estaba preparada (para una revisión médica), el médico entregó al coronel tres pliegos dentro de un sobre. Entró al cuarto, diciendo: ‘Es lo que no decían los periódicos de ayer’. [...] (El coronel) Se sintió demolido. Diez años de informaciones clandestinas no le habían enseñado que ninguna noticia era más sorprendente que la del mes entrante.” (Pág. 27). “(En la sastrería) Uno se inclinó hacia él. Dijo, con una voz apenas perceptible: -Escribió Agustín. El coronel observó la calle desierta. -¿Qué dice? -Lo mismo de siempre. Le dieron la hoja clandestina. El coronel la guardó en el bolsillo del pantalón.” (Pág. 52).

ultramar: “Se dirá si [...] hay fondas, cafés, posadas y mesones, casas de juego de gallos, trucos, billar, y pelota y su número, y en qué estado se hallan; si se mantiene en ellas el orden, urbanidad y decencia propias de un pueblo culto y civilizado; si hay riñas, voces y alborotos, o se contraviene a los bandos de policía; si hay exceso en las apuestas o travesías; y si la concurrencia es fuera de aquellas horas que pasado el trabajo y ocupación se dedican a la diversión y esparcimiento”. Pese al salto en el tiempo, lo que nos interesa señalar aquí y ahora es ese “o se contraviene a los bandos de la policía” puesto que da razón de ser a la redada que la policía realizó en la gallera de nuestra novela. Todo ello para dejar muy claro en qué medida el mundo de las apuestas y el de la violencia son cercanos. Siguiendo el hilo narrativo de la novela, nosotros lectores nos podemos preguntar entonces, ¿qué podríamos esperar que pasara en la pelea de gallos organizada para el mes de enero? ¿Otra redada policial?

Uno de los elementos que está intrínsecamente ligado al juego es el hecho de apostar. Las apuestas suponen la adhesión por uno de los elementos que entran a formar parte del ejercicio recreativo en vistas a que se gane o se pierda sacando cualquier tipo de partido de ello¹⁶⁰. Hemos visto en el momento de la novela que acabamos de comentar que el coronel tiene una corazonada y propone a Álvaro que apueste en el juego de la ruleta por el número once, sin embargo sale perdiendo. Dicha pérdida la define el narrador como la “amargura del azar”, y es lo propio del juego: unas veces se gana y otras se pierde. El coronel dirá con esta amargura: “Esto me pasa por meterme en lo que no me importa”. Efectivamente el coronel no estaba jugando en la ruleta por lo tanto no tenía que haber incitado a Álvaro a apostar por el número once, sin embargo, se dejó llevar por la “fascinación” y el “sobresalto” igualmente propios del juego¹⁶¹. De la misma forma, el

¹⁶⁰ Desde el DRAE (versión digital) se nos dan las siguientes entradas definidoras para “apostar”: 1. Dicho de una persona: Pactar con otra u otras que aquel que se equivoque o no tenga razón, perderá la cantidad de dinero que se determine o cualquier otra cosa. 2. Arriesgar cierta cantidad de dinero en la creencia de que algo, como un juego, una contienda deportiva, etc., tendrá tal o cual resultado; cantidad que en caso de acierto se recupera aumentada a expensas de las que han perdido quienes no acertaron.

¹⁶¹ La misma fascinación que sintió José Luis Borges a quien: “Le parece horrible el hecho de apostar dinero, aunque alguna vez jugó a la ruleta, *pero no por codicia, sino porque le interesaban los raros dibujos que puede ir*

coronel ‘se mete donde no le importa’ porque en la obra no aparece en ningún momento como jugador salvo al final –y fuera del espacio narrativo- cuando gracias a la ayuda de los amigos de su hijo muerto conseguirá presentar el gallo heredado en los torneos de enero. Entonces aparece de nuevo el elemento lúdico y narrativo de la apuesta. El gallo desde el comienzo de la obra va tomando diferentes formas y sentidos, va adquiriendo o perdiendo diferentes capacidades con el transcurso de los acontecimientos. Comienza siendo la herencia del hijo acribillado hacía nueve meses en la gallera, por lo tanto porta en sí un valor emocional innegable, profundo y desgarrador. El gallo entonces permanece al lado del coronel todo el tiempo que este pasa en la casa familiar, lo lleva al amanecer a la cocina y lo lleva al anochecer al lado de la cama, así llega a formar parte de la rutina diaria del coronel. Hacia la página 30 del libro se nos da cuenta que el dinero “producto de la máquina de coser de Agustín se estaba acabando pues durante nueve meses habían gastado ese dinero centavo a centavo, repartiéndolo entre sus propias necesidades y las necesidades del gallo”. Sin embargo, sin dejar de ser un recuerdo viviente del hijo muerto, el gallo se va transformando en un ser vivo en el que se está invirtiendo dinero y no se sabe si con vistas a obtener una ganancia o si con vistas a la ruina absoluta del matrimonio. Se cuenta el valor monetario del animal al mismo nivel que por su valor sentimental: “Vale como cincuenta pesos” (Pág. 20). El animal ha hecho gastar un dinero importante del matrimonio y de alguna manera tiene que devolvérselo. Así se van afianzando las dudas y reproches sobre la posible venta del animal, dudas que durarán hasta la ya famosa frase del coronel: “El gallo no se vende”, pronunciada tras los entrenamientos. La manera más radical de cobrarse el dinero que ha hecho gastar el gallo es comiéndoselo: “Debe ser muy buena una indigestión de cincuenta pesos” (Pág. 31). Pero el coronel es incapaz de consumarlo y las condiciones de vida del matrimonio van empeorando. El animal entonces se convierte en un miembro más de la familia –¿la reencarnación del hijo muerto?- hasta el punto de que va adquiriendo características antropomórficas que pasan por el diálogo entre dueño y gallo: “El gallo estaba perfectamente vivo frente al tarro vacío. Cuando vio al coronel emitió un monólogo gutural, casi humano, y echó la cabeza hacia atrás. Él le hizo una sonrisa de complicidad. –La vida es dura, camarada” (Pág. 51). O: “El gallo produjo un sonido gutural que llegó hasta el corredor como una sorda conversación humana. ‘A veces pienso que ese animal va a

formando el azar”, *El País*, Madrid, 01/12/1985. Cita del CREA.

hablar’, dijo la mujer” (Pág.64). E incluso el gallo sirve de intermediario entre los dos esposos: “El coronel examinó a través del gallo el humor de su esposa” (Pág. 85). Tal es la predominancia que va adquiriendo el animal en el seno de la pareja que si al comienzo las necesidades del gallo estaban cubiertas al mismo nivel que las del matrimonio, poco después, las necesidades del gallo superan a aquellas de los humanos y esto en detrimento de la salud de estos últimos. Comienzan por dar mejor de comer al animal que a sí mismos: “Es pecado quitarnos el pan de la boca para echárselo a un gallo” (Pág. 50). Pasa por prestar atención médica al animal como si se tratara de un ser humano, mientras que la mujer del coronel tiene que curar su asma gracias a las medicinas que les regala el médico: “- Una inyección para un gallo como si fuera un ser humano –gritó-. Eso es un sacrilegio” (Pág. 60). Y termina por suplantar en importancia a la propia dueña: “Toda la vida comiendo tierra para que ahora resulte que merezco menos consideración que un gallo” (Pág. 90). O al menos es lo que ella cree, hecho que da lugar a una continua y fatigante disputa entre el matrimonio que el coronel asumirá con un carácter sosegado e incluso doblegado hasta el final de la obra cuando el coronel ya no puede más y por primera vez en la vida de pareja que hemos podido conocer se muestra desagradable: “El coronel necesitó setenta y cinco años –los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto- para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder: -Mierda.” (Con estas palabras se cierra la novela). El gallo va transformándose, va creciendo en importancia, ocupa en la mente del coronel el lugar que tenía la carta que tantos años llevaba esperando, adquiere características supersticiosas y casi religiosas (“Si el doctor me garantiza que vendiendo el gallo se te quita el asma, lo vendo en seguida” –Pág. 96- o “no veo la hora de salir de este pájaro de mal agüero” –Pág. 85-) que hacen que la gente del pueblo lo tome por un ser a la altura de un dios¹⁶². Esta última

¹⁶² Por las limitaciones evidentes de este trabajo no podemos detenernos más que lo que estas páginas reflejan a propósito de la figura del gallo como animal relacionado con la superstición y la mitología en la tradición culta y popular. En esta última, el gallo porta en sí un gran número de valores: símbolo de la abundancia (sorprendente respecto a la miseria a la que lleva al coronel y su mujer), de la fecundidad, de la vigilancia, del valor. También es el animal elegido para realizar la adivinación (por el movimiento –de su postura se decía que era símbolo inequívoco de la miseria futura del dueño-, el canto y el paso de estas aves) y ciertos hechizos. Sorprendente en relación con la salud de la mujer del coronel y de él mismo es que este animal fuera

característica ya la hemos podido observar cuando el gallo recibe las ovaciones desproporcionadas de los fanáticos de las peleas de gallos durante los entrenamientos, lo hemos visto también cuando el pueblo entero sale al encuentro del coronel cuando tras los entrenamientos se lleva el gallo para su casa, lo podemos notar también en las varias veces que un grupo de niños se presenta en la casa del coronel para rendirle una visita cotidiana y rendirle –si podemos decirlo así- ofrendas: una canción y una gallina vieja para reproducirse¹⁶³. Los amigos de Agustín hacen llegar a su vez ofrendas para el animal, se trata de comida: frutas y maíz, y dejan muy claro al matrimonio que el gallo preside y pertenece a la comunidad: “-Dijeron que se lo llevarían por encima de nuestros cadáveres –dijo-. Dijeron que el gallo no era nuestro sino de todo el pueblo” (Pág. 91). El coronel y su esposa pasan así a un segundo plano y se convierten en los encargados de cuidar al ‘dios gallo’, se convierten en sacerdote y vestal respectivamente. Hasta tal punto se da esta identificación entre gallo y deidad que en un momento el animal parece necesitar de un sacrificio

en la Grecia antigua la ofrenda elegida para honrar al dios de la Medicina, Asclepios. Fijémonos en la amistad del coronel y el médico del pueblo, este no cobra sus servicios al matrimonio protagonista de la historia sino que acuerda esperar el resultado del torneo de enero para poder cobrar: “Ya le pasaré una cuenta gorda cuando gane el gallo” (Pág. 29). Por otra parte, las creencias populares afirmaban que el hígado del gallo tenía poderes sanadores, devolvía la fe a los no creyentes y alejaba a los demonios entre otras cosas. Sorprendente también e importante para comprender la evolución del matrimonio es la creencia en que si el gallo cantaba dentro de la casa es que auguraba desavenencia grave entre los cónyuges, hecho que se consuma en el texto. Interesante es también su utilización para peleas en la época de la Grecia antigua como forma de instruir a los jóvenes en el valor y la firmeza al enfrentarse al momento de la muerte en la guerra. Y terminaremos refiriéndonos al mundo cristiano y la presencia del gallo en la historia y rito de esta religión identificándolo con las negaciones de Pedro o su simbología en la misa llamada ‘del Gallo’ representando el nacimiento de Cristo. Para más información pueden consultarse estas obras: MARIÑO FERRO, Xosé Ramón; *El simbolismo animal. Creencias y significados en la cultura occidental*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1996 y PAPIN, Yves D.; *Le coq. Histoire, symbole, art, littérature*, París, Hervas, 1993.

¹⁶³ “Un grupo de niños penetró por la cerca desportillada. Se sentaron en torno al gallo, a contemplarlo en silencio. –No miren más a ese animal –dijo el coronel-. Los gallos se gastan de tanto mirarlos. Los niños no se alteraron. Uno de ellos inició en la armónica los acordes de una canción de moda” (Pág. 9-10). Y: “-Esta tarde tuve que sacar a los niños con un palo –dijo-. Trajeron una gallina vieja para enzararla con el gallo”.

humano para seguir ganando fuerza convirtiéndose así el matrimonio en víctimas sacrificiales, lo acabamos de ver con la decisión de los jóvenes de pasar por encima de sus cadáveres y lo podemos ver en una frase reveladora del coronel: “Ese animal se alimenta de carne humana” (Pág. 80) haciendo del animal un ídolo carnívoro.

Al igual que el gallo evoluciona narrativa y simbólicamente tomando un lugar de preponderancia en la novela como acabamos de demostrar, su valor monetario también lo hace de esta manera. Como hemos señalado en las líneas anteriores, el gallo comienza siendo la herencia del hijo muerto y su valor monetario se establece en cincuenta pesos pero de golpe –hacia la página sesenta- el compadre del coronel, don Sabas, cree que el valor del gallo es de novecientos pesos, cifra que anima al coronel y a su esposa a intentar vendérselo. Sin embargo, el coronel tiene reticencias y cree por un momento que si guarda el gallo éste tendrá más valor cuando gane los torneos de enero pero su mujer le hace entrar en razón. Pero la brillante cifra de novecientos pesos cae en picado hasta los cuatrocientos que don Sabas considera que podría valer el animal. Este cambio de opinión lo justifica de la siguiente manera: ““En otro tiempo cualquiera hubiera dado mil” –cifra más sorprendente aún- explicó. ‘Pero ahora nadie se atreve a soltar un buen gallo. Siempre hay riesgo de salir muerto a tiros de la gallera’” (Pág. 79). Fluctúa de esta manera el valor monetario del gallo pero siempre manteniéndose muy por encima de su valor inicial. Sin embargo, el coronel tras los entrenamientos decide no venderlo. Entonces su valor monetario se aplica a otro tipo de intercambio: la apuesta.

Para llegar hasta aquí habíamos partido de otra apuesta presente en la obra, la de Álvaro en la ruleta, veamos ahora la relación entre el hecho de apostar y el gallo del coronel –y por extensión con el juego de gallos y otros tipos de juegos-. Las esperanzas puestas en la victoria del gallo en los torneos de enero hacen que se arriesgue dinero pensando en ganar mucho más. Esto que es una de las características del juego de gallos se convierte en uno de los elementos más importantes en cuanto a la figura del gallo en *El coronel...* se refiere. El conocimiento de este juego y los textos consultados vienen a demostrar que juego de gallos y apuestas es algo indisociable –la obra que analizamos vendrá a confirmárnoslo-. Así los textos históricos y literarios vienen a demostrarlo de la siguiente manera:

Son apasionados (los puertorriqueños) por los juegos sedentarios; el de gallos es muy común en toda la América y más en esta isla. No tiene rubor un hombre de obligaciones de pasear las calles, buscando quien quiera apostarlas con su gallo y aventura todo cuanto dinero tiene, fiado en la valentía del suyo¹⁶⁴.

Si se crían gallos es para poder apostar por ellos, lo mismo pasa con los espectadores de la pelea. El hecho de apostar se convierte en un fin en sí. Esto no es sorprendente ya que los juegos de azar tienen como característica definitoria el realizar apuestas sobre el vencedor o el perdedor. Así, el hijo del coronel criaba a su gallo para poder ganar sumas considerables en las apuestas (esto dijo a su madre la tarde que se dirigió a la gallera por última vez: “Cállate, que esta tarde nos vamos a podrir de plata” -Pág. 50-) y es ahora el coronel quien toma el relevo y debe poner el gallo en la gallera lanzando así las apuestas. Sin embargo, como en cualquier juego el factor suerte hace que se salga ganando o perdiendo. Son muchos los ejemplos que vienen a insistir sobre el peligro que se corre al apostar en la gallera, y todos ellos vienen a coincidir en la solución fatal, el perder todo su dinero y caer en la miseria total. El ejemplo que citamos a continuación confirma que el juego de gallos se percibe popularmente como un tipo de entretenimiento más pero que conlleva sus riesgos, no es anodino que se trate de una descripción de la sociedad portorriqueña puesto que es en este país donde mayor popularidad y amparo legal goza este juego:

A pesar de ser un pasatiempo (las peleas de gallos) que permitía unas horas de esparcimiento y de compartir unos con otros, era motivo también de que muchos, al apostar, perdiesen el dinero dedicado al sustento de la familia¹⁶⁵.

En el caso del coronel y su mujer el que el gallo salga vencedor en los torneos de enero sería la única manera de salir de la miseria en la que están viviendo. Pero al mismo tiempo, si el gallo no sale vencedor significaría la pérdida de los únicos bienes que les quedan. El matrimonio se pasa toda la novela dudando si vender o no vender el gallo, la presión es demasiado fuerte y el coronel decide no venderlo.

¹⁶⁴ MILLER, P. G.; *Historia de Puerto Rico*, Nueva York-Chicago-San Francisco, Ran McNall y Cia., 1939. *Cita del CORDE*.

¹⁶⁵ SILVESTRINI, Blanca G. y María Dolores LUQUE DE SÁNCHEZ; *Historia de Puerto Rico: trayectoria de un pueblo*, San Juan de Puerto Rico, Cultural Puertorriqueña INC, 1987. *Cita del CREA*.

El tema de la apuesta en torno al gallo se va haciendo más presente a medida que avanza la historia hasta cerrar el libro entorno a él. Al principio, es el médico el que recuerda al coronel que el pago de la deuda que el coronel ha contraído con él depende de la victoria del gallo: “Ya le pasaré una cuenta gorda cuando gane el gallo” (Pág. 29). Los siguientes que vienen atormentar la conciencia del coronel son los amigos de su hijo quienes van a apostar porque el gallo salga vencedor: -“Lo que me preocupa es que esos pobres muchachos están ahorrando” (Pág. 31). Incluso su propio hijo muerto, desde donde esté, parece presionar a su padre para que guarde el gallo y gane las apuestas: “-Es por Agustín -dijo con un argumento previsto-. Imagínate la cara con que hubiera venido a comunicarnos la victoria del gallo” (Pág. 49-50).

Ya hemos visto hace un momento cómo Agustín en vida estaba completamente convencido de que su gallo ganaría todas las apuestas. Don Sabas le proponía en un principio hasta novecientos pesos considerando que ese gallo era el mejor del Departamento (Pág. 79). Parecía que todo el pueblo se había puesto de acuerdo en que el gallo sería el claro vencedor. Parecía que todo el pueblo se había olvidado de que la pelea de gallos es un juego y que en el juego se gana o se pierde dependiendo del azar. Todo el pueblo salvo la persona que más rechazo muestra hacia el gallo: la mujer del coronel. Ella parece la única que es consciente del factor suerte: “-Si el gallo gana -dijo la mujer-. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo pueda perder” (Pág. 99). E incluso ante la afirmación categórica del coronel: “-Es un gallo que no puede perder” (Pág. 99), afirmación hecha con todo el peso que supone el que todo el pueblo crea en que se trata de un gallo vencedor y hecha también gracias al conocimiento que el coronel ha podido hacer de las características y poderes de ese gallo y que nosotros acabamos de ver líneas arriba; la mujer insiste en el factor suerte: “-Pero suponte que pierda” (Pág. 99).

Pero el hecho de apostar en la obra de *El coronel...* da una vuelta de tuerca más. Antes de apostar se presupone que se tiene “la cantidad de dinero que se determine o cualquier otra cosa” (DRAE) para poder hacerlo y en el caso del coronel y su mujer se les niega esta posibilidad porque no tienen absolutamente nada con qué apostar. No hay nada más terrible para este matrimonio que el que todo el pueblo crea que su gallo va a ser ganador cuando ellos se han quitado el pan de la boca para alimentarlo y ahora no podrán apostar por su propio gallo y sacar un beneficio. Así lo entiende la mujer del coronel: “- Todo el mundo ganará con el gallo menos nosotros. Somos los únicos

que no tenemos ni un centavo para apostar” (Pág. 99). Y no solo no ganarán nada con la posible victoria del gallo sino que además de perderlo todo han perdido a su propio hijo si no por las peleas de gallos al menos por encontrarse en el lugar donde se realizan. El único consuelo que les queda, si el gallo ganara, es que tendrían derecho a un tanto por ciento del dinero apostado por los espectadores: “-El dueño del gallo tiene derecho a un veinte por ciento” (Pág. 99), pero en el juego todo es cuestión de suerte.

Se comprende por lo que acabamos de decir que si el matrimonio hubiese tenido dinero para apostar no significa que habría ganado, las probabilidades de que gane o pierda son ambas del 50%. Los documentos consultados nos demuestran que en el juego de gallos hay perdedores al mismo nivel que ganadores, sin embargo, los textos prefieren dejar testimonio de aquellos que teniendo algo lo perdieron todo jugando a gallos. Así lo demuestran los siguientes ejemplos:

[...] la gallera es un sitio tan peligroso como la casa de juego; allí se juega, como en ésta, lo propio y lo ajeno, y alimentado el vicio con los accidentes del espectáculo, se preparan para el porvenir el robo y el fraude, que tantos males causan en la gente del pueblo¹⁶⁶.

En parrandas y borracheras, riñas de gallos y también de mujeres, se evaporó la fortuna en un santiamén¹⁶⁷.

Don Desiderio fue un hombre manirroto, poseedor de una gran fortuna, que fue dejando en las mesas de juego, las carreras de caballos y las riñas de gallos¹⁶⁸.

Como se puede observar en estos tres ejemplos las apuestas que se realizan en la gallera suponen descalabro económico para quien se atreve a llevarlas a cabo. En estos tres ejemplos se reúnen muchas de las características definidoras del juego de gallos y que venimos tratando a lo largo de estas páginas a la luz de la novela *garcimarquiana*. Hemos visto que el juego de gallos ha sido considerado desde siglos atrás como un juego del que la violencia es

¹⁶⁶ MOYA Y JIMÉNEZ, Fco. Javier de ; *Las islas Filipinas en 1882: Estudios históricos, geográficos, estadísticos y descriptivos*, Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa, 1883. Cita del CORDE.

¹⁶⁷ OBLIGADO, Pastor Servando; *Tradiciones Argentinas*, Barcelona, Montaner y Simón, 1903. Cita del CORDE.

¹⁶⁸ CASACCIA, Gabriel; *La Babosa*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1952 (1991). Cita del CREA.

algo inseparable –y que en *El coronel...* hemos sabido matizar-. También hemos visto que el juego de gallos se ha identificado por ser un espectáculo violento como una muestra de barbarie animal motivada para el disfrute de los humanos. Y acabamos de ver que este juego en el que se apuesta puede llevar a los dueños de los gallos y a los espectadores a la ruina. Sin embargo, esta última característica no es exclusiva del juego de gallos y apostando en otros juegos también se puede perder. Lo que tiene que llamarnos la atención es que el juego de gallos se incluye dentro de una gran lista de juegos y al mismo tiempo en la lista de juegos o eventos festivos que se consideran perniciosos. El primer ejemplo de los anteriores demuestra claramente esa equiparación: “la gallera es un sitio tan peligroso como la casa de juego”. El segundo ejemplo habla de ‘parrandas’, de ‘borracheras’ y de ‘mujeres’ –entiéndase ‘prostitutas’- que parece recordarnos aquel ejemplo que hacía referencia a los habaneros del siglo XIX que decía así:

El habanero confundía alegría con peleas de gallos, diversión con juegos de azar, felicidad con conversaciones en las esquinas, vida con carnavales, el hablar con los gritos, *el amor con el sexo*¹⁶⁹.

El tercer ejemplo viene a corroborar lo dicho en el primero puesto que señala la pérdida del dinero en las apuestas no sólo de gallos sino también de los juegos de azar e incluso en otro tipo de juego de apuestas donde también los protagonistas son los animales; ‘las carreras de caballos’.

Gracias a los textos que hemos recogido hemos podido constatar cómo la práctica del juego de gallos rara vez no va de la mano de otro tipo de actividad lúdica. Los ejemplos son numerosos, plasmaremos aquí los más significativos para que el lector observe lo que acabamos de decir. Las costumbres más notables y generalizadas en estos lugares, son: el juego de gallo, el baile, los velorios, las velas y las juntas¹⁷⁰. Así como ese baile singular –el fandango- es una diversión que degenera en vicio, así la gallera es un vicio que degenera en diversión¹⁷¹. El palenque de las peleas de gallos es además un espacio

¹⁶⁹ “La otra Ciudad Luz”, *La Hora*, Guatemala, 10/06/1997. Cita del CREA.

¹⁷⁰ ORTEGA, Augusto; *Breves apuntes acerca de la Psicología del Pueblo Dominicano en lo que se refiere al 38 Distrito*, ed. de Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Universidad Católica, 1922 (1975). Cita del *CORDE*.

¹⁷¹ HOSTOS Y BONILLA, Eugenio María de; *Apuntes diversos (Informes y*

lúdico insertado en un parque de diversiones: los naipes prolongan ese juego despiadado, con la diferencia de que ahora la transferencia se produce de los animales a los hombres¹⁷².

El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. [...] Personas hay que se pasan diez o doce horas al día jugando a dicho juego. [...] Además del tresillo se arma la timbirimba con frecuencia y se juega al monte. Las damas, el ajedrez y el dominó no se descuidan. Y, por último, hay una pasión decidida por las riñas de gallos¹⁷³.

Nosotros, para matar el tiempo, y menudeándole las copas, armábamos jugarretas de truco y taba; después hicimos riñas de gallos, y hasta dimos bailongos en el patio, entre el palenque y la ramada¹⁷⁴:

Dígame, Evaristo, ¿quién creó la sala de lotería familiar y el servicio diario de la quiniela?, ¿quién hizo arreglar la cancha de carreras?, ¿quién consiguió la libre práctica de ese sano deporte de las riñas de gallos? Antes no se jugaba en este pueblo sino truco, macá, chiquichuela o tuka'ë koreko¹⁷⁵.

Acabar con la emoción de jugar es imposible. Desde Temístocles, el soldado griego, puso de moda en Grecia las riñas de gallos, no se ha parado de apostar. Y menos en España, país de burlangas. [...] Cervantes era un auténtico jugador. Sabía el arte del rentoy, de las pollas, de los cientos, del cuco, del matacán, de la flor, del capadillo, de la taba, del palmo, del hoyuelo y del monte¹⁷⁶.

Estos testimonios que recogen el ambiente hispánico del juego de gallos a través de las épocas vienen a insistir, y con esto terminaremos, en las características de este juego que hemos descrito

artículos sobre lengua y folklore de Santo Domingo, 1883-1954. ed. Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Universidad Católica, 1975. Cita del CORDE.

¹⁷² PARAGUANÁ, Paulo Antonio; *op. cit. Cita del CREA.*

¹⁷³ VALERA, Juan; *Pepita Jiménez*, Madrid, Cátedra, 1874 (1997). *Cita del CORDE.*

¹⁷⁴ PAYRÓ, Roberto J.; *El casamiento de Laucha*, Buenos Aires, Losada, 1906 (1952). *Cita del CORDE.*

¹⁷⁵ BAREIRO SAGUIER, Rubén; *Ojo por diente*, Alicante, Universidad de Alicante, 1972 (2003). *Cita del CREA.*

¹⁷⁶ POZO, Raúl del, *Noche de tahúres*, Barcelona, Plaza y Janés, 1995. *Cita del CREA.*

en este estudio. Se ve que el juego de gallos se considera como tal porque se sitúa al mismo nivel que otros juegos de azar y acontecimientos lúdicos. Como acontecimiento lúdico, capaz de reunir a un cierto número de gente en torno a una actividad que sirve de esparcimiento público o de diversión (Véase el ejemplo: “El palenque de las peleas de gallos es además un espacio lúdico insertado en un parque de diversiones”), el juego de gallos se asocia comúnmente en las sociedades hispanas a entretenimientos populares como el baile, los carnavales, la música y todo ello practicado durante los días festivos marcados por el calendario religioso –las fiestas de guardar-. Como juego de azar, el juego de gallos está sometido a unas reglas según las cuales uno de los contrincantes resulta vencedor y el otro perdedor. Por eso este juego, según los testimonios, aparece incluido en el grupo de los juegos de azar entre los que podemos encontrar: los naipes –en todas sus variedades de juego-, las damas, el ajedrez, el dominó, las tabas, etc. Una de las características definidoras de los juegos de azar es el poder apostar, como dice el último testimonio “Desde Temístocles [...] no se ha parado de apostar”, y esto es algo indisociable del juego de gallos (al mismo nivel que la lotería, las quinielas, las carreras de caballos, etc. incluyéndose por ello en la categoría de juego). Finalmente, donde hay juego y apuestas los testimonios y el conocimiento del mundo nos demuestran que los límites no siempre están bien establecidos. Así, los juegos de azar se consideran como amparadores del vicio y el juego de gallos más aún puesto que al vicio de la apuesta hay que añadirle el espectáculo sangriento de dos animales que luchan hasta morir –la gallera, ¿un vicio que degenera en diversión?-. Aunque quizás los amantes de este juego consideren –como los haitianos- que:

La libertad la encuentran los haitianos en los carnavales, la música, el ron, las peleas de gallos y la religión¹⁷⁷.

El gallo y el juego de gallos son, a nuestro modo de ver, una clave para la interpretación de la obra *El coronel no tiene quien le escriba*. Y *El coronel no tiene quien le escriba* nos ayuda a comprender algunas de las claves del juego de gallos. Esta relación de solidaridad es lo que hemos intentado explicar y transmitir a partir de estas páginas tituladas “Entre gallos anda el juego”. La pasión que un ‘fanático’ de este juego experimenta ante un espectáculo de tal

¹⁷⁷ “Baby Doc es un joven agradable, rodeado de hienas”, *El País*, Madrid, 28/09/1977. Cita del CREA.

categoría muy difícilmente puede llegarse a comprender y explicar en nuestra sociedad europea, y esto quizás sea precisamente porque se trate de una pasión. En la realidad y en la ficción, el juego de gallos levanta pasiones que no siempre tienen un final feliz. Gabriel García Márquez nos privará de conocer el fin de los días de los tres protagonistas de la obra: el coronel, su mujer y el gallo. Poco importa porque, en la vida como en el juego, todo es cuestión de suerte y a lo mejor la suerte se pone algún día de nuestro lado. Permítannos terminar por esta estrofa de canción:

La suerte está de mi lado
Ahora me toca ganar
Porque jamás me he rajado
Cuando me toca pagar.
Yo soy gallo de pelea
Y nunca me hecho pa'atrás¹⁷⁸.

¹⁷⁸ Letra de la canción “Gallo de pelea” de Los Tigres del Norte, sacada de su disco *Un día a la vez*, Fonovista, 2006.